

El capitalismo global y el imperio norteamericano

Leo Panitch y Sam Gindin

Profesores. Universidad de York, Toronto.

El imperialismo norteamericano [...] se ha vuelto admisible y atractivo, en parte por la insistencia en que no es imperialista.

Harold Innis, 1948

El imperio norteamericano ya no es algo que se oculte. En marzo de 1999, la portada del *New York Times Magazine* exhibía un gigantesco puño cerrado, pintado con las franjas y estrellas de la bandera de los Estados Unidos, debajo del cual se leían las palabras: «Lo que el mundo requiere ahora: para que funcione la globalización, Norteamérica no puede tener miedo de actuar como la superpotencia todopoderosa que es». Así se anunciaba el *Manifiesto por un mundo rápido*, de Thomas Friedman, que instaba a los Estados Unidos a cumplir su papel de agente encargado de poner en vigor el orden global capitalista: «la mano oculta del mercado jamás funcionará sin un puño oculto [...] el puño oculto que mantiene seguro al mundo para las

tecnologías del Valle de la Silicona se llama Ejército, Fuerza Aérea, Marina y Cuerpo de Infantería de Marina de los Estados Unidos». Cuatro años después, en enero de 2003, cuando ya dejó de haber razón para simular que el puño estaba oculto, la portada completa del *Magazine* anunciaba un ensayo de Michael Ignatieff con las siguientes palabras:

El imperio norteamericano. Acostúmbrense a él: ¿Qué otra palabra, que no sea «imperio» describe esa cosa imponente en la que Norteamérica se está convirtiendo? [...] Ser una potencia imperial [...] significa hacer cumplir el orden existente en el mundo, y hacerlo en interés de Norteamérica.¹

Desde luego, los estrategas del Estado norteamericano ya habían tomado ese rumbo. Entre los más próximos al ala del Partido Demócrata en el poder, Zbigniew Brzezinski no anduvo con remilgos en su libro *The Grand Chessboard: American Primacy and Its Geostrategic Imperatives* [El gran tablero de ajedrez: la primacía norteamericana y sus imperativos geoestratégicos], aparecido en 1997, cuando afirmó que «los tres grandes imperativos de la estrategia geopolítica son impedir las confabulaciones y mantener a los vasallos dependientes en lo que respecta a su seguridad,

Este ensayo, enviado por sus autores especialmente para esta edición de *Temas*, será publicado en inglés en el volumen *The New Imperial Challenge*. *Socialist Register* 2004, Merlin Press, Londres, 2003.

conservar dóciles a los que pagan tributo y evitar que los bárbaros se junten».² Ese mismo año, los intelectuales del Partido Republicano que más tarde redactarían la estrategia de seguridad nacional del gobierno de Bush fundaron el proyecto «Para un nuevo siglo norteamericano», con el objetivo de hacer del arte de gobernar el principio rector explícito de la política norteamericana.³

Hoy en día, la mayor parte de los análisis que podrían tenerse como serios y que justifican el uso del término «imperio», en relación con los Estados Unidos, en realidad apenas parten de una analogía, implícita o explícita, con la Roma imperial. Pero una analogía no es una teoría. Resulta sorprendente la ausencia de enfoques serios desde la perspectiva de la economía política o de algún patrón de determinación histórica que pudieran explicar el surgimiento y reproducción del actual imperio norteamericano, así como las dimensiones de la opresión y explotación estructurales que de él derivan.

Esto podría servir de profundo recordatorio de por qué los marxistas fueron los primeros que teorizaron en torno al imperialismo, a lo largo de la mayor parte del siglo xx. No obstante, tal como dijera un destacado marxista indio, Prabhat Patnaik, en su ensayo «Whatever Happened to Imperialism?» [¿Qué se hizo del imperialismo?], a la altura de 1990 el tema había «prácticamente desaparecido de las páginas de la prensa marxista», e incluso los marxistas parecían «confundidos cuando se mencionaba el término». Esto tuvo costos severos para la izquierda. El concepto de imperialismo siempre ha sido especialmente importante para ella, tanto por sus cualidades emotivas y movilizadoras como por las analíticas. En efecto, para Patnaik, más que «un silencio motivado, en teoría, por la autocohibición», fue «el hecho de que el imperialismo se hubiera vuelto tan hábil para “manejar” los potenciales desafíos a su hegemonía [lo que] nos hizo indiferentes a su omnipresencia».⁴ Sin embargo, este silencio de la izquierda sobre el tema también reflejaba los graves problemas analíticos que presentaba la vieja teoría marxista sobre el imperialismo. Tal como arguyera Giovanni Arrighi en 1978, «a la altura de fines del decenio de los 60, lo que en otros tiempos fuera el orgullo del marxismo —la teoría del imperialismo— se había convertido en una Torre de Babel, en la que ya ni siquiera los marxistas podían evitar extraviarse».⁵

La confusión se hizo patente en los debates que tuvieron lugar a principios de la década de los 70 —última vez en que el concepto de imperialismo fue de uso bastante corriente entre la izquierda— en torno a la identificación de las contradicciones del capitalismo contemporáneo. Algunos miraban casi exclusivamente en dirección al Tercer mundo, y atribuían a su resistencia

frente al imperialismo un valor absoluto, como fuente generadora de las transformaciones.⁶ Otros ponían el énfasis en las crecientes contradicciones del mundo capitalista desarrollado, con lo cual daban la impresión de que la «hegemonía» norteamericana estaba declinando. Este último vino a ser el punto de vista prevaleciente, y hacia mediados del decenio de los 80, la noción de que «la erosión del poderío económico, político y militar norteamericano es incuestionable» llegó a convertirse en un lugar común.⁷ Aunque muy pocos retomaron el enfoque de la vieja teoría marxista de rivalidad interimperialista, que sugería una prueba de fuerza militar, se esperaba una era de intensa rivalidad regional. Tal como lo expresaban Andrew Glyn y Bob Sutcliffe, lo único que podía «predecirse con seguridad» era que, sin un poder hegemónico, «la economía mundial seguirá careciendo de un líder indiscutido».⁸ La noción muy difundida de que el poderío del Estado nacional se había marchitado en la era de la globalización contribuyó a la confusión.⁹

No era poca la ironía en el hecho de que tantas personas de la izquierda continuaran volviéndole la espalda a lo que creían una noción pasada de moda respecto al imperialismo, justo en el momento en que, de nuevo, se pusiera de moda en el *New York Times*. Pero poco después del cambio de siglo, con la confesión del propio Estado norteamericano sobre su papel imperial, el término regresó a los labios de toda la gente de izquierda. La popularidad del libro *Empire [Imperio]*, de Michael Hardt y Antonio Negri, reflejó la nueva coyuntura. Su argumento marxista posmoderno de que había que reanimar el materialismo histórico sobre la base de una teoría del imperialismo totalmente distinta de la antigua no estaba desprovisto de perspicacia, pero su insistencia en que «los Estados Unidos no pueden —ni, de hecho, puede ningún Estado hoy día— convertirse en el centro de un proyecto imperialista», pronto resultó estar él mismo extrañamente fuera de sincronía con los tiempos.¹⁰ Porque lo que se requiere ahora, por encima de todo, es una nueva teorización sobre el imperialismo que nos permita comprender cómo ocurrió que el imperio norteamericano consiguió incorporar a sus rivales capitalistas, y supervisó la expansión de las relaciones sociales capitalistas a todos los rincones del globo terráqueo. La cuestión de qué hizo verosímil la insistencia del Estado norteamericano en que no era imperialista, y el modo en que ello se puso en marcha y se institucionalizó, deben ser asuntos centrales en ese proyecto; y, a la inversa, qué ha hecho, en la actualidad, inverosímil la insistencia del Estado norteamericano en que no es imperialista, y qué implicaciones tiene ahora, para haber dejado de ser atractivo, el hecho de haberse quitado la máscara.

La lógica de la globalización

El capitalismo tiene una lógica estructural que tiende a su globalización. Fue célebre la forma en que Marx captó esta lógica al describir, en el *Manifiesto comunista*, un futuro que se parece pasmosamente a nuestro presente: «La necesidad de un mercado en expansión constante para sus productos empuja a la burguesía a recorrer toda la superficie de la Tierra. Tiene que anidar en todas partes, asentarse en todas partes, establecer conexiones en todas partes [...] crear un mundo a su imagen y semejanza». Pero al afirmar la anticipación de Marx a este respecto se corre el riesgo de tratar lo que ahora llamamos globalización, y sus formas específicas, como inevitables e irreversibles. Hay que recordar que las palabras de Marx también parecían aplicarse a fines del siglo XIX, cuando, tal como observó Karl Polanyi, «solo un lunático hubiera puesto en duda que el sistema económico internacional era el eje de la existencia material de la raza humana».¹¹ No obstante, tal como Polanyi se preocupó por explicar, lejos de proseguir ininterrumpidamente, ya había indicaciones de que el sistema económico internacional de aquel tiempo estaba en etapas tempranas de disolución, y pronto colapsaría como consecuencia de dos horrendas guerras y la implosión de la Gran Depresión.

En la posguerra, la reconstrucción del orden mundial capitalista fue una respuesta directa por parte de los principales Estados capitalistas al previo fracaso de la globalización. A través de la infraestructura de Bretton Woods para un nuevo orden de comercio liberal, la lógica dinámica de la globalización capitalista de nuevo se desencadenó. Durante la breve «época dorada» de la posguerra —mediante el aceleramiento del comercio, el nuevo grado de inversión extranjera directa, y la creciente internacionalización de las finanzas— esta se reanimó. Y se vigorizó aún más mediante la respuesta neoliberal a la crisis económica de los 70. El desenlace de esta crisis mostró que los efectos de las crisis estructurales en la acumulación internacional no son predecibles *a priori*. De las tres grandes crisis estructurales del capitalismo, la primera (posterior al decenio 1870-1879) aceleró la rivalidad interimperialista y condujo a la Primera guerra mundial y a la revolución, al tiempo que la segunda crisis (la Gran Depresión), de hecho revirtió la trayectoria internacionalizadora del capitalismo. Sin embargo, la crisis de principios del decenio de los 70 tuvo como resultado *una profundización, un aceleramiento y una extensión* de la globalización capitalista que, al promover la competencia interregional, no producía nada parecido a la vieja rivalidad interimperial.

Lo que sugiere esta errática trayectoria desde el siglo XIX hasta el XXI es que el proceso de globalización no es ni inevitable (como se diera convencionalmente

por sentado a fines del siglo XIX, y tal como vuelve a darse hoy) ni imposible de sostener (como arguyeran Lenin y Polanyi, cada uno a su manera). El asunto es que hay que distinguir entre la lógica estructural del capitalismo y su historia real. Un orden capitalista global siempre constituye un constructo social contingente: hay que problematizar el desarrollo y la continuidad reales de semejante orden. Dentro del marxismo, al igual que en muchos análisis burgueses, existe una tendencia a escribir teorías en presente. Pero no debemos teorizar, en torno a la historia, de modo tal que la trayectoria del capitalismo parezca un simple derivado de leyes económicas abstractas. En lugar de ello, tal como lo ha planteado correctamente Philip McMichael, tenemos que

historizar la teoría y problematizar la globalización como una relación inmanente del capitalismo, pero con relaciones materiales (sociales, políticas y medioambientales) claramente inequívocas a lo largo del tiempo y del tiempo-espacio [...] La globalización no es, sencillamente, el despliegue de las tendencias capitalistas, sino un proyecto históricamente inequívoco, conformado, o complicado, por las relaciones contradictorias de episodios previos de globalización.¹²

Por encima de todo, la realización —o frustración— de las tendencias globalizantes del capitalismo no puede entenderse separada del papel desempeñado por los Estados que, históricamente, han constituido el mundo capitalista. El ascenso del capitalismo resulta inconcebible sin el papel que desempeñaron los Estados europeos en el establecimiento de los marcos legales e infraestructurales para la propiedad, el contrato, la moneda, la competencia y el trabajo asalariado dentro de sus propias fronteras, al tiempo que generaban también el proceso de desarrollo desigual y la construcción concomitante de razas en el mundo moderno. Esto ya había llegado tan lejos entre mediados y fines del siglo XIX, que cuando el capital se expandió más allá de las fronteras de un determinado Estado-nación europeo, era recibido en los ordenamientos capitalistas que estaban siendo establecidos —o estaban justo a punto de serlo— por otros Estados europeos, o se expandía dentro del marco de un imperio formal o informal. Pero se requería más que esto para sostener la tendencia del capital a la expansión global. Al mismo tiempo, no existían medios adecuados de regulación global capitalista, por lo cual la economía internacional y sus patrones de acumulación quedaban fragmentados, y de ahí que alimentaran la rivalidad interimperial que condujo a la Primera guerra mundial.

Las teorías clásicas del imperialismo desarrolladas en aquellos tiempos —de Hobson a Lenin— se basaban en una teoría sobre las crisis capitalistas. Ese fue un error fundamental que, desde entonces, siguió trastornando la correcta comprensión del proceso. Las teorías clásicas eran defectuosas en su tratamiento de

las dinámicas de la acumulación de capital, y en el modo en que elevaban al nivel de ley inmutable de globalización capitalista, un momento coyuntural de rivalidad interimperial. No se requiere una teoría sobre las crisis para explicar por qué las tendencias expansionistas del capitalismo adoptaron una forma imperial. A fines del siglo XIX y principios del XX, las mismas presiones y estrategias competitivas, así como las oportunidades y capacidades emergentes, que condujeron a las unidades individuales del capital a salirse de sus ubicaciones originales en una aldea o poblado específicos, también impulsaron y facilitaron su cruce de fronteras. Si los capitalistas miraron en dirección a los mercados extranjeros o a la exportación de capital, no fue tanto porque la centralización y la concentración del capital hubieran marcado el comienzo de una nueva etapa («capital financiero» o «capital monopólico») signada por el índice decreciente de ganancias, sobreacumulación y/o subconsumo, sino porque aceleraron el funcionamiento normal del capitalismo como modo de producción.

Los teóricos clásicos del imperialismo, de principios del siglo XX, no solo se equivocaron al sobrevalorar la escala de la exportación de bienes y capitales al Tercer mundo —el propio subdesarrollo de este último lo limitaba—, sino que también fueron especialmente incapaces de apreciar desarrollos claves en los principales países capitalistas. En vez de un agotamiento de las posibilidades de consumo en el seno de los principales países capitalistas, lo que caracterizaba entonces al capitalismo eran las formaciones de clase obrera emergente, capaces de lograr niveles crecientes de consumo privado y público. En lugar de que la concentración de capital limitase la introducción de nuevos productos y oportunidades de inversión, la propia desigualdad de la competencia y del desarrollo tecnológico en marcha introducía nuevas perspectivas para la acumulación interna: el capital no solo se expandía al extranjero, sino que había una profundización de este dentro del país. Lejos de ser la etapa superior del capitalismo, lo que estaban observando estos teóricos era (como resulta obvio ahora) una fase relativamente *temprana* del capitalismo. Esto era referido no solo a patrones de consumo, flujos financieros y competencia, sino en cuanto al grado limitado de inversión extranjera directa de aquel entonces y los muy rudimentarios medios que, hasta ese momento, se habían desarrollado para manejar las contradicciones asociadas a la internacionalización del capitalismo. Desgraciadamente, muchos marxistas siguieron usando ese mismo tipo de teoría de la crisis para entender todas las manifestaciones del imperialismo a lo largo del siglo subsiguiente.

Sin embargo, el error de estos teóricos radicó especialmente en su tratamiento reduccionista e instrumental del Estado. El imperialismo capitalista tiene que ser teorizado como una extensión de la teoría del Estado capitalista, y no de la teoría de las crisis. También aquí tenemos que comenzar por historiar la teoría, comenzar por romper con la noción convencional de que el surgimiento del Estado imperialista moderno coincidió con la etapa de concentración y financiamiento industriales asociados al «capital financiero» del cambio de siglo. De hecho, el tránsito a la forma moderna de imperialismo podría ubicarse en la articulación, por parte del Estado británico, de su viejo imperio formal mercantil con el imperio informal que engendró a mediados del siglo XIX, durante la era del «libre comercio». La teoría del imperialismo de Schumpeter, según la cual este reflejaba el papel atávico en el seno del capitalismo, de clases explotadoras y guerreras precapitalistas, y el concepto de Kautsky y de Lenin referido a que el capital industrial británico de mediados del siglo XIX y su política de libre comercio reflejaban un capitalismo «puro» que era antitético, o al menos «indiferente», respecto a la expansión imperial, derivaban de una interpretación simplista de la separación entre lo económico y lo político bajo el capitalismo. Aquí radica el núcleo de la noción de que el remplazo de la era de libre competencia por la del capital financiero había puesto fin a esa separación y conducido a la expansión imperialista, la rivalidad y la guerra entre los principales Estados capitalistas.

Al igual que las discusiones contemporáneas sobre la globalización, en el contexto de políticas neoliberales de «libre mercado», los relatos marxistas clásicos de la era de libre mercado del siglo XIX y su sucesora, la era de la rivalidad interimperial, también contraponían confusamente las nociones de «Estados» y «mercados». En ambos casos, se pone de manifiesto una incapacidad para darse cuenta del papel crucial del Estado en la creación y puesta en funcionamiento de los «mercados libres». Tal como el llamado *laissez-faire*, bajo el capitalismo industrial de mediados del siglo XIX contemplaba un Estado altamente activo que realizara la separación formal entre lo político y lo económico, y que definiera y patrullara las relaciones sociales internas de un orden plenamente capitalista, así también la política exterior de libre mercado contempló una extensión del papel imperial del Estado junto con todas estas dimensiones.

El lugar del Estado norteamericano

El lugar central que el Estado norteamericano ha venido a ocupar en el capitalismo global descansa sobre

El imperialismo capitalista tiene que ser teorizado como una extensión de la teoría del Estado capitalista, y no de la teoría de las crisis.

una convergencia particular de estructura e historia. En abstracto, podemos identificar instituciones específicas que reflejan el poder estructural del capitalismo. Pero en lo tocante a qué impide que semejantes instituciones emerjan y qué abre la puerta (si acaso algo la abre) a su desarrollo, es cuestión de coyunturas históricas. La fase crucial en la reconstrucción del capitalismo global —tras los rompimientos preliminares, y antes de la reconstitución en el último cuarto del siglo xx— ocurrió durante la Segunda guerra mundial y después de esta. Solo después de los desastres de la Gran Depresión y la Segunda guerra mundial (y como una respuesta aprendida por el Estado, a la luz de ellos) alcanzó la globalización capitalista una nueva vida. No obstante, esto dependió del surgimiento y evolución histórica desigual de un *agente* singular: el Estado imperial norteamericano. Esto no tuvo que ver con la teleología, sino con la historia capitalista.

El papel que el Estado norteamericano llegó a desempeñar no era inevitable ni fue meramente accidental. La capacidad que desarrolló para «conjugar» su «poderío *particular* con la tarea *general* de coordinación» de tal manera que reflejaba «la matriz particular de su propia historia social», tal como lo expresara recientemente Perry Anderson, se basaba en «el poder de atracción de los modelos norteamericanos de producción y cultura [...] cada vez más unificados en la esfera del consumo». Ahí convergían, de un lado, el invento en los Estados Unidos, primero, de la forma corporativa moderna; segundo, de la «gerencia científica» del proceso laboral y, tercero, de la producción masiva de la línea de ensamblaje; y del otro, «la narrativa y los esquemas visuales» al estilo de Hollywood, «desnudados hasta sus formas más abstractas», atrayendo y agregando inmigrantes mediante «la simplificación y repetición dramáticas». ¹³ El dinamismo del capitalismo norteamericano y su atractivo para el mundo entero se combinaron con el lenguaje universalista de la ideología democrática liberal norteamericana para apuntalar, de este modo, una capacidad para el imperio informal que trascendía con mucho la del Estado británico del siglo xix.

Sin embargo, no fue solo la formación económica y cultural del capitalismo norteamericano, sino también la formación del Estado norteamericano lo que facilitó un nuevo imperio informal. Frente a la impresión de Anderson referida a que las estructuras constitucionales

del Estado norteamericano carecen del «poder transportador» que sí tienen sus estructuras económicas y culturales (como consecuencia de hallarse «amarradas a órdenes del siglo xviii»), se yergue la observación que formulara Thomas Jefferson en 1809 sobre el hecho de que «ninguna Constitución anterior fue jamás tan bien calculada con vistas al establecimiento de un extenso imperio y al autogobierno». ¹⁴ Hardt y Negri tenían razón en hacer remontar la prefiguración de lo que hoy es llamado «imperio» hasta la incorporación a la Constitución norteamericana del «poder en red» de Madison. Esto implicaba no solo controles y equilibrios en el seno del aparato estatal, sino la noción de que la incorporación de una mayor pluralidad de intereses a un Estado extensivo y expansivo garantizaría que las masas no tendrían ningún motivo común para unirse a fin de controlar a la clase gobernante, ni capacidad para hacerlo. Pero lejos de servir de base para el tipo de poder descentrado y amorfo que, según imaginan Hardt y Negri, caracteriza históricamente a los Estados Unidos (y al actual «imperio»), el marco constitucional del nuevo Estado atribuyó vastos poderes al gobierno central para que ampliase el comercio e hiciera la guerra. Tan tempranamente como en 1783, lo que George Washington ya mencionara ambiciosamente como «un imperio que surge» fue captado en la imagen del *Federalist Paper XI* [Documento Federalista no. 11] referido a «un gran sistema norteamericano, superior en el control de toda la fuerza o influencia trasatlántica, y capaz de dictar los términos en que se conectarían el nuevo mundo y el viejo». ¹⁵

El Estado que surgió de la alianza entre los mercaderes nortños y los granjeros comerciantes y dueños de plantaciones del Sur contra el imperio formal de Gran Bretaña, dio señales, desde sus inicios, de estar emprendiendo una trayectoria conducente al imperio informal. La forma inicial que esto adoptó fue la expansión territorial hacia el oeste, en gran medida mediante el exterminio de la población aborigen y la descarnada explotación no solo de la población negra esclava, sino también del campesinado de autoconsumo, lleno de deudas. Pero el hecho de que el nuevo Estado norteamericano se concibiese a sí mismo como el agente de la ampliación de la libertad republicana, y fuera ampliamente admirado por ello, estuvo en buena medida asociado al vínculo entre «el imperio ampliado y el autogobierno», que tenía sus raíces en la Constitución

federal. Entre las unidades políticas de la federación, «los derechos de los Estados» no eran un espejismo: reflejaban los dos tipos distintos de relaciones sociales —las esclavas y las libres— que componían cada oleada sucesiva de nuevos Estados. Esto condujo eventualmente a la Guerra civil, a la derrota de la plantocracia y a la disolución de la esclavitud; pero después, la Constitución federal sirvió de base para el dominio sin trabas de un capitalismo industrial dueño del mayor mercado doméstico del mundo, lo que obviaba cualquier tentación dirigida al establecimiento de un imperialismo formal por vía de la conquista territorial en el extranjero.¹⁶

Las tendencias expansionistas del capitalismo norteamericano en la segunda mitad del siglo XIX (que reflejaban presiones tanto por parte de los agricultores comerciantes domésticos como por parte de los industriales y financistas de la era posterior a la Guerra civil) estaban incluso más inclinadas a la adopción de modalidades informales que lo que en su momento estuviera el capitalismo británico, aunque no estuvieran basadas en una política de libre comercio. Pero las modalidades eran similares, y comenzaron mucho antes de la Guerra hispano-norteamericana de 1898, que generalmente se toma como la fecha que marca el comienzo de la expansión imperial hacia el exterior. Esto fue ampliamente refrendado por un documento audazmente llamado *An Indicator of Informal Empire* [Un indicador de imperio informal], preparado por el Centro de Análisis Naval, donde se dice que entre 1869 y 1897 la Marina de los Estados Unidos realizó no menos de 5 980 visitas a puertos, para proteger el transporte marítimo comercial norteamericano en Argentina, Brasil, Chile, Nicaragua, Panamá, Colombia y otros lugares de América Latina.¹⁷ Pero a través de la inversión extranjera norteamericana —a la que sirve de epítome el modo en que la Compañía Singer se estableció como primera corporación multinacional, saltando por encima de la barrera arancelaria canadiense para fundar una subsidiaria que produjera máquinas de coser para los prósperos granjeros cultivadores de trigo de Ontario—, el imperio informal norteamericano adoptó su forma propia.¹⁸ El establecimiento de colonias en Puerto Rico y Filipinas y la anexión de Hawai «constituyeron una desviación [...] de las formas económicas, políticas e ideológicas de dominio que hasta ese momento habían caracterizado al imperialismo norteamericano».¹⁹

La articulación del nuevo imperio informal norteamericano con la intervención militar que realizara Theodore Roosevelt en 1904 se expresó por la vía del ejercicio del «poder policial internacional», en ausencia de otros medios de control internacional, con el fin de establecer regímenes que supieran «cómo actuar con

eficacia y decencia razonables en asuntos sociales y políticos», y de garantizar que cada uno de esos regímenes «mantenga el orden y cumpla con sus obligaciones»:

Una nación deseosa tanto de asegurarse respeto para sí como de hacer el bien para con los demás —así lo declaró Roosevelt, en un lenguaje que ahora ha vuelto a tornarse muy familiar—, tiene que contar con una fuerza adecuada para realizar el trabajo que siente le corresponde como su porción del deber general del mundo [...] Un gran pueblo libre tiene el deber, para consigo mismo y para con toda la humanidad, de no hundirse en la impotencia frente a los poderes del mal.²⁰

La genialidad del Estado norteamericano para presentar su imperio informal en el marco de los derechos universales llegó a su apogeo con Woodrow Wilson. También alcanzó, durante la presidencia de este, el apogeo de la hipocresía, especialmente en la Conferencia de Paz de París, en la que Keynes concluyó que Wilson era «el mayor fraude de la tierra».²¹ En efecto, lo que determinó el juicio de Keynes no fueron solo las tendencias aislacionistas del Congreso de los Estados Unidos, sino la incapacidad del Departamento del Tesoro y de la Presidencia para asumir la responsabilidad de ponerse al frente de la reconstrucción de Europa tras la Primera guerra mundial.

La era del *New Deal*

No fue sino durante el *New Deal*, en medio de un colapso del capitalismo global al que no poco contribuyeron las políticas imperiales previas del Estado norteamericano, que este último comenzó a desarrollar la capacidad administrativa e ideológica para transformar y extender ampliamente su imperialismo informal. Pero el patrón de construcción del Estado de tiempos de guerra tuvo también una importancia crucial para que los Estados Unidos asumieran explícitamente la responsabilidad de volver a lanzar la globalización capitalista. Durante la guerra, «la influencia de los ejecutivos de corporaciones de la industria y las finanzas» en el seno del Estado obraron para producir un cambio «en las capacidades de los Estados Unidos, orientadas hacia la realización de objetivos intervencionistas internacionales en vez de objetivos intervencionistas domésticos».²² La profunda transformación del Estado norteamericano, que tuvo lugar en los 70, eventualmente hizo posible el capitalismo global de hoy día.

Después de la Segunda guerra mundial, la reconstrucción de los Estados que constituían el núcleo de la vieja rivalidad interimperial, así como la consiguiente multiplicación de nuevos Estados, trajeron como consecuencia la reanimación de las tendencias globalizadoras del capitalismo. Entre las variadas

dimensiones de esta nueva relación entre capitalismo e imperialismo, la más importante fue que las redes y los vínculos imperiales más densos, que antes se proyectaban en una dirección Norte-Sur, entre los Estados imperiales y sus colonias formales o informales, ahora se bosquejaban como vínculos entre los Estados Unidos y los Estados capitalistas ricos. Lo que el imperio informal de Gran Bretaña no consiguió en el siglo XIX, ahora lo logró el norteamericano, que pudo integrar bajo su égida a todas las demás potencias capitalistas en un sistema efectivo de coordinación. La devastación de las economías europea y japonesa, así como la débil legitimidad de sus clases gobernantes al final de la guerra, la ocupación militar norteamericana y la subordinación subsiguiente de todos los demás centros capitalistas importantes, son otros tantos factores que crearon una oportunidad sin precedentes en la historia, que ahora el Estado norteamericano estaba en condiciones de explotar, y dispuesto a hacerlo.

Aquí lo más importante fue la minuciosa atención que los departamentos del Tesoro y de Estado prestaron, durante la guerra, a los planes para relanzar un régimen comercial liberal coordinado y un orden financiero basado en reglas, mediante la manipulación de la condición de deudores de sus principales aliados, del completo dominio del dólar como moneda mundial, y del hecho de que 50% de la producción del planeta ahora tuviera que ver con la economía norteamericana. El Estado había estudiado y aprendido bien la lección, posterior a la Primera guerra mundial, de su incapacidad para combinar la retórica internacionalista liberal con su compromiso institucional en el manejo de un orden capitalista fuera de su propio hemisferio. A través del muy intrincado planeamiento conjunto de parte de las tesorerías británica y norteamericana durante la guerra —por ejemplo, mediante el proceso que condujo a Bretton Woods—, los norteamericanos dejaron bien claro que los británicos no solo estaban «aceptando cierta obligación de modificar su política interna a la luz de los efectos internacionales de esta sobre la estabilidad», sino también garantizando la liquidación del imperio británico al «arrojar a Gran Bretaña en los brazos de Norteamérica como una suplicante, y por tanto una subordinada; subordinación enmascarada por la ilusión de una «relación especial», que prosigue hasta el día de hoy».²³

Al fijarse las sedes del FMI y del Banco Mundial en Washington, por insistencia norteamericana, se estableció en todos los principales países capitalistas un patrón para la gerencia económica internacional, que continúa hoy, según el cual aun si los ministerios de finanzas europeos o el japonés son los que proponen, el Departamento del Tesoro y la Reserva Federal norteamericanos son los que disponen. Los densos

vínculos institucionales que atan a esos Estados al imperio norteamericano también fueron institucionalizados, desde luego, a través de la OTAN, por no mencionar las redes en forma de rayos de ruedas, que asocian a cada uno de los otros Estados capitalistas principales con los aparatos de inteligencia y seguridad de los Estados Unidos como parte de la estrategia de contención del comunismo durante la Guerra fría. Sin embargo, la mayoría de quienes ponen énfasis en los vínculos del Estado norteamericano con los aparatos coercitivos de Europa y Japón,²⁴ no consiguen contemplar lo profundamente que el «sistema de protectorado» norteamericano, como lo llama Peter Gowan, de hecho «alteró el carácter del núcleo capitalista». Porque el sistema conllevaba la

transformación interna de las relaciones sociales dentro de los protectorados en la dirección del sistema «fordista» norteamericano de acumulación [que] abrió la posibilidad de una vasta extensión de sus *mercados internos*, en los que la clase obrera funcionaba no solo como fuente de plusvalía ampliada, sino también como un centro de consumo cada vez más importante para *la realización* de la plusvalía.²⁵

Pero aunque el nuevo imperio informal permitía a los demás Estados del núcleo actuar como «centros organizativos autónomos de acumulación de capital», la emulación de las formas tecnológicas y gerenciales «fordistas» norteamericanas —inicialmente organizadas y canalizadas a través de los «consejos de productividad» conjuntos de la posguerra—, fue masivamente reforzada por la penetración de la inversión extranjera norteamericana directa en esos Estados. También aquí, el núcleo de la red imperial norteamericana se desplazó hacia los países capitalistas avanzados, de modo que entre 1950 y 1970, la porción del total de las inversiones extranjeras directas norteamericanas dedicada a América Latina decreció de 40 a 20%, al tiempo que la de Europa occidental creció en más del doble, hasta igualar a la canadiense, que era de 30%. No causaba mucha sorpresa que algunos agudos observadores externos, desde Raymond Aron hasta Nicos Poulantzas, señalaran una tendencia europea a la «canadización» como modelo de integración a ese imperio.²⁶

Por supuesto, nada de esto significaba que la dimensión Norte-Sur del imperialismo perdiera su importancia, pero sí que las relaciones de los demás países del núcleo capitalista con el Tercer mundo, incluidas las que mantenían con sus ex colonias, quedaban imbricadas en el dominio imperial informal norteamericano. Los países capitalistas del núcleo podrían seguir beneficiándose de la grieta Norte-Sur, pero cualquier intervención (como se demostró en Suez) tendría que ser, o bien iniciada por Norteamérica o al menos tener la aprobación norteamericana. Aunque el dominio imperial informal parecía ubicar al Tercer

mundo y a los países del núcleo capitalista en el mismo pie político y económico, tanto el legado del viejo imperialismo como el vasto desequilibrio de recursos entre el Plan Marshall y la ayuda mundial al desarrollo, reprodujeron las desigualdades globales. El espacio que se concedía a los Estados europeos para que desarrollaran una coherencia económica y crecientes mercados domésticos en la era de la posguerra (y los Estados Unidos también alentaban explícitamente la integración económica europea) contrastaba con la impaciencia norteamericana respecto, incluso, a las estrategias de industrialización que implicasen sustitución de importaciones por parte de Estados del Sur, por no mencionar su hostilidad hacia los enfoques amplios y planificados de desarrollo con un tipo de base económica autocentrada, que los propios Estados capitalistas avanzados se habían autoasegurado de practicar antes de adoptar un orden económico liberal. El resultado predecible —dados los límites impuestos al desarrollo de los mercados internos y las implicaciones del hecho de que todos los Estados del Tercer mundo estuvieran compitiendo para penetrar los mercados internacionales—, fue que las desigualdades globales aumentaron, aunque unos pocos Estados del Tercer mundo, como Corea del Sur, consiguieron usar el espacio que el nuevo imperio les concedía, por razones geoestratégicas, para desarrollarse rápidamente y disminuir la brecha.

La nueva forma de dominio —no solo en el mundo capitalista avanzado, sino también en las regiones del Tercer mundo donde aquel ejercía su dominación—, se caracterizó por la penetración de las fronteras, no por su disolución. El orden capitalista global no se organizaba y regulaba ahora mediante la expansión territorial del imperio formal, sino más bien a través de la reconstitución de Estados como elementos integrales de un imperio norteamericano informal. Los Estados nacionales siguieron siendo los vehículos primarios a través de los cuales: a) las relaciones sociales y las instituciones de clase, propiedad, moneda, contrato y mercados se establecieron y reprodujeron; y b) la acumulación internacional de capital se llevó a efecto. La vasta expansión de la inversión extranjera directa por todo el mundo, sean cuales fuesen las porciones regionales cambiantes del total, lejos de significar que el capital se le escapaba al Estado, amplió la dependencia a la que quedaban reducidos *muchos* Estados. A la vez, el capital, como fuerza social efectiva dentro de cualquier Estado dado, ahora tendía a incluir tanto el capital extranjero como el capital doméstico con vínculos y ambiciones internacionales. Esta interpenetración volvió cada vez más anacrónica la noción de una burguesía nacional identificable —al menos fuera de los Estados Unidos.

Otra dimensión más de la nueva relación entre capitalismo e imperio fue la *internacionalización del Estado*,

entendida como el grado en que un Estado dado interioriza la responsabilidad de administrar su orden capitalista doméstico en formas que contribuyan a la administración del orden capitalista global.²⁷ Para el Estado imperial norteamericano, sin embargo, la internacionalización del Estado tuvo una cualidad especial. Implicó la definición del interés nacional desde la perspectiva de actuar no solo en aras de su propia clase capitalista, sino también de la extensión y reproducción del capitalismo global. La manera de establecer lo que ello requería siguió reflejando la particularidad del Estado y la formación social de Norteamérica, pero esbozó, cada vez más, una inflexión hacia lo declarado en 1947 por el presidente Harry S. Truman, en el sentido de que «el sistema norteamericano podría sobrevivir en Norteamérica solo si se convertía en un sistema mundial».²⁸ Esto fue resumido en el documento de Seguridad Nacional NSC-68, de 1950, que definió el objetivo de construir «un ambiente mundial donde el sistema norteamericano pueda sobrevivir y florecer [...] Incluso si no existiera la Unión Soviética, enfrentaríamos el gran problema [de que] la ausencia de orden entre las naciones se está volviendo cada vez menos tolerable».²⁹

Sin embargo, la nueva relación integral que se desarrolló entre el imperio norteamericano y el capitalismo global no podía reducirse a una imposición (y mucho menos solamente coercitiva) en una sola dirección. Con frecuencia la relación podía caracterizarse más adecuadamente mediante la frase «imperialismo por invitación». Pero aunque a menudo esto presuponía el consentimiento activo de la ciudadanía de un país, la noción de una hegemonía *de Estado* norteamericana (opuesta a hegemonía cultural o económica) solo definía adecuadamente la relación que se desarrolló entre ella y otros Estados y clases dirigentes. El consentimiento activo de las masas al dominio imperial, incluso informal, siempre estuvo mediado por la legitimidad que cada Estado podía asegurarse para sí, y también concitar, en beneficio de cualquier proyecto particular del Estado norteamericano. Tampoco este se responsabilizó con la incorporación —en el sentido gramsciano de hegemonía—, de las necesidades de las clases subordinadas de otros Estados en el seno de su propia construcción de dominio imperial informal. Hoy se está demostrando que esta dimensión del nuevo orden imperial tiene consecuencias particularmente importantes en la coyuntura actual.

La «reconstrucción»

Este patrón de dominio imperial se estableció en el período de reconstrucción de la posguerra, un período que, a pesar de todo el dinamismo económico de «la

era dorada», era inherentemente transitorio. La propia noción de «reconstrucción» planteó la pregunta de qué podía sobrevenir después de que las economías europeas y la japonesa se reconstruyeran y se hicieran competitivas respecto a la norteamericana, una vez agotadas las circunstancias benignas de los años de posguerra, tan centrales a uno de los más impresionantes períodos de crecimiento de la historia del mundo.³⁰ Además, el auge del nacionalismo en el Tercer mundo (en vísperas de la descolonización de los viejos imperios, que el Estado norteamericano generalmente alentó), y el aumento de la militancia de la clase obrera en los países del núcleo capitalista (casi en condiciones de pleno empleo), estaban destinados a influir sobre las ganancias del capital.

En menos de una generación, las contradicciones inherentes al acuerdo de Bretton Woods quedaron al descubierto. Cuando llegó el momento, en 1958, en que todas las monedas europeas fueron plenamente convertibles, casi todas las premisas del acuerdo de 1944 estaban siendo cuestionadas. Las tasas de cambio estables, fijadas por ese acuerdo, dependían de controles de capital que todos los países, excepto los Estados Unidos, conservaron después de la guerra.³¹ Sin embargo, la mera internacionalización del comercio y de la inversión extranjera directa que promovía Bretton Woods —junto con evoluciones domésticas en las hipotecas, los créditos, la competencia y la innovación dentro de los Estados Unidos, que fortalecieron la capacidad del sector financiero—, contribuyó a la restauración de un mercado financiero global, a la correspondiente erosión de controles de capital, y a la vulnerabilidad de las tasas de cambio fijas.³²

Las posibilidades de regresar a la fragmentación y el colapso económicos del período de entreguerras fueron discutidas extensamente a principios de los 60, en la medida en que la economía norteamericana pasó de la condición de acreedora a deudora; en que el dólar cambió, de divisa de existencias desesperadamente escasas a divisa en excedente; y el patrón oro del dólar, enraizado en Bretton Woods, se desmoronó.³³ Sin embargo, no se reditó el pasado. La dominación norteamericana, jamás desafiada en lo fundamental, se reorganizaría sobre nuevas bases, y la integración internacional no retrocedió, sino que se intensificó. Esta reconstitución del orden global, al igual que otros acontecimientos más tempranos en el seno del capitalismo global, no fue inevitable. Lo que la hizo posible —lo que le brindó al Estado norteamericano tiempo y espacio político para renovar sus ambiciones globales— fue que, a la altura de la crisis de principios de los 70, la penetración/integración de Europa y Japón por parte de Norteamérica fue suficientemente omnipresente como para descartar cualquier retroceso

de la economía internacional o cualquier desafío fundamental al papel de liderazgo del Estado norteamericano.

Los Estados Unidos, por supuesto, se habían establecido como el protectorado militar de Europa y Japón, y estos eran cada vez más dependientes de los mercados norteamericanos. Pero el factor crucial que cementó el nuevo vínculo imperial fue el papel cada vez más central de la inversión directa norteamericana, como forma adoptada para la exportación del capital y la integración internacional. Las corporaciones norteamericanas estaban evolucionando para convertirse en ejes de redes cada vez más densas en los países donde estaban establecidas y, cruzando las fronteras, entre abastecedores, financistas y mercados finales (se intensificó mucho el propio libre comercio como medio para garantizar redes de producción internacional aún más firmes). Incluso allí donde fue hostil la respuesta inicial al crecimiento de ese tipo de inversión, más adelante se impuso la competencia para atraerla, y luego, la emulación para enfrentar «el desafío norteamericano» mediante contra-inversiones en los Estados Unidos.

En este contexto, la internacionalización del Estado se volvió particularmente importante en el transcurso de las prolongadas, y a menudo confusas, renegociaciones que tuvieron lugar a lo largo del decenio de los 70 en relación con los términos que ataban a Europa y Japón al imperio norteamericano, desde fines de la Segunda guerra mundial. Estas negociaciones mostraron que los Estados nacionales de Europa y Japón habían aceptado la responsabilidad de crear las condiciones *internas* para la acumulación *internacional* sostenida (por ejemplo, precios estables, limitaciones a la militancia obrera, tratamiento nacional de la inversión extranjera, ausencia de restricciones a la salida de capitales). Las verdaderas tendencias que estaban operando a partir de la crisis de esa década fueron «las transformaciones interiorizadas del propio Estado nacional, que apuntaban a hacerse cargo de la internacionalización de las funciones públicas en beneficio del capital».³⁴ Al hacerlo, los Estados nacionales no estaban desdibujándose, sino adicionando nuevas responsabilidades.

No se trata de que hubieran visto con claridad lo que había que hacer exactamente. Las estructuras del orden establecidas con posterioridad a 1945 no brindaban, por sí solas, una solución a las presiones generalizadas sobre los índices de ganancia en los Estados Unidos y en Europa. No sugerían cómo Norteamérica podría reanimar su base económica para consolidar su gobierno. Tampoco incluían una respuesta a la pregunta de cómo podrían manejarse las tensiones

No fue solo la formación económica y cultural del capitalismo norteamericano, sino también la formación del Estado norteamericano lo que facilitó un nuevo imperio informal.

y las inestabilidades en un mundo en el que el Estado norteamericano no era omnipotente, sino que más bien dependía, para gobernar, de obrar a través de otros Estados. La naturaleza contingente del nuevo orden quedaba evidenciada en el hecho de que solo emergió una «solución» a fines de los 70, dos décadas completas después de los primeros síntomas de problemas, casi una década después de la crisis del dólar ocurrida a principios de ese decenio, y tras un prolongado período de arrancadas en falso, confusión y experimentación incierta.³⁵

La liberalización de las finanzas fortaleció enormemente a Wall Street durante los años 70 y fue crucial para los cambios más amplios que siguieron después. Sin embargo, esto no debe verse como algo que ocurriera a expensas del capital industrial. En lugar de ello, constituyó en general un reconocimiento, algo tardío, de parte del capital norteamericano en cuanto a que el fortalecimiento de las finanzas era un costo esencial, si bien a veces doloroso, para la reconstitución del poder económico de los Estados Unidos.

El «punto de viraje» crítico de la orientación política ocurrió en 1979 con el «trauma Volcker» —el programa autoimpuesto de ajuste estructural del Estado norteamericano. La determinación con que la Reserva Federal estableció una disciplina económica interna, al permitir que las tasas de interés subieran a niveles históricos sin precedentes, trajo la confianza que estaban buscando los mercados de dinero y las bancas centrales y conllevó la restructuración de la fuerza de trabajo y de la industria, consideradas cruciales. Junto con las políticas más generalmente neoliberales que evolucionaron hacia una alternativa coherente a lo largo de los 80, el renovado vigor impreso a las finanzas por el Estado sentó el escenario para lo que iba a conocerse popularmente como «globalización» —el aceleramiento del impulso en dirección a un mundo de acumulación capitalista sin costuras.

Los mecanismos del neoliberalismo podrían haber sido económicos (la ampliación y profundización de los mercados y de las presiones para la competencia), pero su esencia era una respuesta *política* a las conquistas democráticas logradas previamente por las clases subordinadas, que, en un nuevo contexto y desde la perspectiva del capital, se habían convertido en obstáculos para la acumulación. El neoliberalismo tenía que ver no solo con el hecho de hacer retroceder esas

conquistas, sino con debilitar sus basamentos institucionales. El capitalismo evolucionó «hacia una nueva forma de gobierno social» que prometía, y en buena medida introdujo: a) la reanimación de la base productiva para la dominación norteamericana; b) un modelo universal para restaurar las condiciones promotoras de ganancias en otros países desarrollados; y c) las condiciones económicas para integrar el capitalismo global.³⁶

La renovada confianza de los inversionistas globales (incluida la propia Wall Street) en la economía y el Estado norteamericano brindó a ese país un acceso relativamente barato a los ahorros globales y, finalmente, volvió más barato el capital en su territorio. Esto incrementó la inversión en el desarrollo de nuevas tecnologías (que también se beneficiaron de subsidios públicos por la vía de los programas militares). Las fuentes de capital disponibles para empresas de riesgo fueron, a su vez, integradas en estrategias de restructuración de gerencia y difundidas hacia sectores que no fueron solo los de tecnología avanzada. A principios de los 80, la economía norteamericana no solo revirtió su declinación, sino también sentó los estándares para que los capitales europeo y japonés hicieran lo mismo.³⁷ La demora de Europa y Japón en seguir esta directiva fortaleció la relativa competitividad de los Estados Unidos en un corto plazo. Pero en uno más largo, creó un problema: el Estado norteamericano necesitaba que Alemania y Japón compartieran el peso del estímulo global, a través del crecimiento y de la aceptación de un nivel más alto de importaciones globales.

Esta confianza renovada de parte del capital norteamericano consolidó el capitalismo como proyecto global a través de nuevos mecanismos formales e informales de coordinación internacional. El neoliberalismo reforzó las condiciones materiales e ideológicas para garantizar un trato «nacional» al capital extranjero en cada formación social, y para «constitucionalizar» —por la vía del TLC de América del Norte, la unión económica y monetaria europea, y la OMC— el libre flujo de productos y capitales (la OMC era una versión más amplia del AGAAC, pero a la que se le habían dado capacidades para actuar). El singular acceso de la economía norteamericana a los ahorros globales, a través de su ubicación central en Wall Street, en el mismo seno de los mercados globales de dinero, le

permitieron importar libremente, sin comprometer otros objetivos. A la larga, esto le trajo al Estado norteamericano el papel, no necesariamente deseado, de administrador macroglobal —el «importador de último recurso» que atenuó el impacto de desaceleraciones en otras partes, al tiempo que también reforzaba la dependencia de los inversionistas y exportadores extranjeros respecto a los mercados y las políticas estatales de los Estados Unidos. El G-7 surgió como foro donde los ministros de finanzas y funcionarios de tesorerías pudieran discutir en torno a acontecimientos globales, forjar consensos sobre temas y rumbos, y tratar de modo concreto y controlado los ajustes que fueran necesarios en las tasas de cambio.

La reconstitución del imperio norteamericano en esta forma tan extraordinariamente exitosa, a lo largo de las décadas finales del siglo xx, no significó que el capitalismo global hubiera alcanzado una nueva meseta de estabilidad. Ciertamente, podría decirse que a la forma reconstituida de imperio se incorporan sistemáticamente la inestabilidad y la contingencia dinámicas —en buena medida porque el énfasis extremo en la competitividad que caracteriza al neoliberalismo, así como la hipermovilidad de la liberalización financiera, agravan el desarrollo desigual y la extrema volatilidad inherentes al funcionamiento de este orden global. Además, esa inestabilidad resulta dramáticamente ampliada por el hecho de que el Estado norteamericano solo puede gobernar este orden a través de otros Estados, y volverlos a todos ellos «efectivos» no es un asunto fácil para el capitalismo global. Es ese intento del Estado norteamericano por abordar estos problemas —especialmente a la luz de lo que llama «Estados maleantes» en el Tercer mundo— lo que conduce al actual imperialismo norteamericano a presentarse de un modo cada vez menos oculto.

Comprendiendo la posición imperial

Quienes intenten comprender la posición imperial de los Estados Unidos buscando sus raíces en lo que consideran crisis económicas no resueltas de la década de los 70,³⁸ manifiestas en sobreacumulación, exceso de competencia y rivalidad acrecentada entre los Estados capitalistas avanzados, repiten el mismo error que los teóricos clásicos del imperialismo. No son capaces de reconocer que la constitución del nuevo orden imperial y el relanzamiento de la tendencia hacia la globalización capitalista tuvieron lugar en la propia era dorada de la posguerra, y subestiman tanto el dinamismo del capitalismo en el último cuarto de siglo, como la capacidad de los Estados capitalistas avanzados para manejar sus inestabilidades, en virtud de la densidad de las redes que los vinculan unos a

otros. El cese del auge norteamericano de los 90 y los crecientes déficits comercial y fiscal de los Estados Unidos son problemas genuinos, pero todavía no hay razones para pensar que esto debiera conducir a una crisis del dólar que no pueda manejarse. El problema no responde a una sobreacumulación que retrotraiga a algo parecido a la rivalidad económica interimperial, sino a las restricciones que un imperio basado en el gobierno a través de otros Estados supone para llevar a cabo una estrategia de crecimiento neoliberal coordinado, incluso entre los países capitalistas avanzados.

En los Estados democrático-liberales, la pujanza de las fuerzas sociales internas —a pesar de, y a veces por causa de, la internacionalización del capital doméstico y del Estado nacional— ha limitado la adopción del neoliberalismo (véanse, por ejemplo, las dificultades experimentadas por el Estado alemán para introducir mercados de trabajo flexibles, o la inercia del japonés en la reestructuración de su sistema bancario). Esto ha frustrado las «reformas» —basadas en el modelo de la reestructuración que llevara a cabo antes el Estado norteamericano—, consideradas necesarias para reanimar el crecimiento económico en estos países, a fin de permitirles compartir el peso de absorber importaciones globales y aliviar así la presión sobre el déficit comercial norteamericano.

Ciertamente, hay una complejidad sistémica en el capitalismo de hoy que incluye, aun en su propio núcleo, inestabilidades e incluso crisis. Esto hay que verlo no tanto en la perspectiva de las tendencias a crisis estructurales y sus desenlaces, como en las dimensiones normales, cotidianas, del funcionamiento del sistema y, en efecto, hasta en sus éxitos. Para los Estados capitalistas, el problema no es evitar las crisis episódicas —que inevitablemente ocurrirán—, sino contenerlas. Hasta el momento, el Estado norteamericano ha demostrado una sorprendente habilidad para limitar la duración, la profundidad y el contagio de las crisis. Esto no garantiza, por sí solo, que siempre tendrá —conjuntamente con los demás Estados del núcleo capitalista con los que gobierna las instituciones económicas y financieras— la capacidad de hacer frente a todas las contingencias. No obstante, podríamos argüir que no se descarta el desarrollo futuro de tales capacidades, aunque no sea más que en virtud de cualesquiera contradicciones *económicas* inherentes.

El problema más serio que afronta el imperio norteamericano radica en sus relaciones con los Estados fuera del núcleo capitalista. En los casos en que estos son —como ocurre con buena parte del Tercer mundo y del antiguo bloque soviético— Estados capitalistas relativamente carentes de desarrollo, aunque se ubiquen cada vez más en la órbita del capital global, las

instituciones financieras internacionales y el Estado norteamericano han intervenido para remediar esa debilidad, imponiendo respuestas «económicamente correctas». En el contexto de la liberalización financiera, ello ha significado un flujo estable de crisis económicas. Algunas podrían interpretarse como parte necesaria del éxito del neoliberalismo (como pudiera decirse de Corea del Sur después de la crisis asiática de 1997-1998), pero con demasiada frecuencia estas intervenciones han agravado el problema en vez de resolverlo, debido al universalismo abstracto del remedio. Independientemente de los éxitos del neoliberalismo en el fortalecimiento de una economía capitalista ya desarrollada, cada vez aparece más como una estrategia equivocada para el propio desarrollo capitalista.

En lo que respecta a los llamados «Estados maleantes» —los que no están en la órbita del capitalismo global, de modo que ni las fuerzas económicas externas penetradoras ni las instituciones internacionales pueden reestructurarlos de manera efectiva—, la intervención unilateral directa de parte del Estado norteamericano se ha vuelto una opción cada vez más tentadora. Pero esta opción, que devolvió al término «imperio» su sitio en el uso predominante, está llena de todo tipo de ramificaciones impredecibles. En este contexto, resulta particularmente importante el colapso del mundo comunista, que se mantenía fuera de la esfera del imperio norteamericano y del capitalismo global durante la mayor parte de la era de posguerra. La rápida penetración e integración de tantas partes de lo que había sido el bloque soviético, y la apertura de China al capital extranjero y su integración con los mercados mundiales (aunque sea bajo la égida del Partido Comunista) han sido sorprendentes. Este proceso eliminó también el peligro de que una intervención norteamericana directa en Estados ubicados fuera del hemisferio americano pudiera desembocar en la Tercera guerra mundial y el Armagedón nuclear. La habilidad del Estado norteamericano para garantizarse apoyo internacional en la primera Guerra del Golfo, y de nuevo en Kosovo; y, en efecto, el hecho de que los individuos y las instituciones liberales y defensores de los derechos humanos clamaran a lo largo de los 90 porque los Estados Unidos actuaran incluso con mayor énfasis como potencia policial internacional, reflejaron la fortaleza del imperio en la nueva coyuntura.

Pero tanto la arrogancia como el sentido del deber, que le asignaron un papel tan exclusivo al Estado norteamericano, lo condujeron a cuestionar incluso si los compromisos limitados que tenía que hacer para operar a través de las instituciones multilaterales estarían restringiendo innecesariamente sus opciones estratégicas. También la «soledad del poder» tenía algo que ver aquí.

El sentimiento de deber ejercer una responsabilidad esencial promueve el deseo de conservar plena «soberanía» con vistas a actuar como se requiere. Esto ya se manifestaba, en la esfera económica, en las acciones del Departamento del Tesoro norteamericano, especialmente en su intervención directa en la crisis del Sudeste asiático de 1997-1998, donde dictó una condicionalidad severa, justo en el traspatio de Japón.³⁹ Fue aún más evidente en las respuestas a los «Estados maleantes» y a las acciones terroristas internacionales, incluso bajo el gobierno de Clinton.

La retórica aislacionista de Bush en la campaña electoral de 2000, al cuestionar la necesidad de que las tropas norteamericanas tuvieran que involucrarse en rincones remotos del globo terráqueo, tendría que ser reformulada en cuanto Bush tuviera realmente sobre sus hombros el peso de (e interactuara apropiadamente con) una presidencia que hoy se torna tan inevitablemente imperial como doméstica en su naturaleza. Para ello, la forma de gobernar, que los estrategas geopolíticos próximos al Partido Republicano ya habían diseñado, estaba lista y a la espera de aplicarse. No fue solo el 11 de septiembre lo que determinó que aquella se hiciera dominante en el ámbito del Estado, pero ciertamente promovió esta condición, en la medida en que el mero predominio del poderío norteamericano condujo a una respuesta bastante previsible, por el modo en que ese poder fue «pellizcado» de manera tan descortés. Esta respuesta reveló todas las tensiones que debía afrontar el Estado norteamericano para combinar su función imperial de coordinador general con el ejercicio simultáneo de su poder particular. Definir los intereses de seguridad del capitalismo global de manera que se ajuste también a la matriz de la formación social y el Estado norteamericano resulta especialmente espinoso, porque pone en evidencia que los particulares intereses de seguridad en juego son, en primera instancia, norteamericanos. De modo que aunque los Estados Unidos todavía contemplan las amenazas en su contra como un ataque contra el capitalismo global en general, se sienten cada vez más incómodos por tener que entrar en cualquier compromiso que obstaculice su modo de actuar según su propia definición específica del interés capitalista global, y de utilizar sin trabas su particular poderío estatal para enfrentar esa amenaza.

Ese rostro imperial desembozado que ahora está dispuesto a mostrar al mundo tiene que ver, sobre todo, con sus crecientes dificultades para administrar un imperio informal verdaderamente global. Esto se está convirtiendo en un desafío mayor, incluso, que el enfrentado por los antiguos imperios coloniales, menores en relación con sus aparatos coloniales estatales. La necesidad de tratar de remodelar todos los Estados del mundo para hacerlos al menos mínimamente

adecuados a la administración del orden global —lo que ahora también se vuelve condición general de la reproducción y extensión del capitalismo global— es en la actualidad el problema central que afronta el Estado norteamericano. Pero la inmensa dificultad de reconstruir, fuera del núcleo, algo que se parezca a las densas redes que el nuevo imperialismo norteamericano consiguió forjar con el resto de los principales Estados capitalistas, resulta clara a partir del único y titubeante avance que se ha logrado para extender el G-7 incluso al G-8, por no hablar del G-20. Desde la perspectiva del estrato geopolítico norteamericano, ello muestra lo limitada que resulta cualquier idea de «Estados efectivos» que operan solo a través de vínculos económicos fuera del núcleo, lo cual explica no solo la extensión del número de bases militares norteamericanas y la integración de los aparatos de inteligencia y policía inmediatamente después del 11 de septiembre, sino también que se esté cantando la misma canción de cuando se fundó el nuevo imperio norteamericano, con las ocupaciones militares de Japón y Alemania, como modelo para reestructurar a Iraq. La lógica de esta posición apunta, más allá de Iraq, en dirección a todos los Estados «desconectados de la globalización», tal como dijera un profesor universitario que asesoraba al secretario de Defensa:

Muéstranme dónde la globalización es densa en conexiones en red, transacciones financieras, flujos de medios de difusión liberales y seguridad colectiva, y les mostraré regiones que exhiben gobiernos estables, niveles de vida ascendentes, y más muertes por suicidio que por asesinato. A estas partes del mundo las llamo el Núcleo Funcional [...] Pero muéstranme dónde la globalización está rala o sencillamente ausente, y les mostraré regiones llenas de regímenes políticamente represivos, amplia pobreza y enfermedad, asesinatos masivos como cosa de rutina y —lo que es más importante— conflictos crónicos que incuban la próxima generación de terroristas globales. A estas partes del mundo las llamo la Brecha que no se integra [...] La verdadera razón por la que apoyo una guerra como esta es que el compromiso militar resultante a largo plazo finalmente obligará a Norteamérica a arremeter contra toda la Brecha como un entorno de amenaza estratégica.⁴⁰

En esta «brecha» se ubican Haití, Colombia, Brasil y Argentina, la antigua Yugoslavia, el Congo y Ruanda/Burundi, Angola, Sudáfrica, Israel-Palestina, Arabia Saudita, Iraq, Somalia, Irán, Afganistán, Paquistán, Corea del Norte e Indonesia, países a los que se agregan, en buena medida, China, Rusia y la India, «como miembros nuevos/integrantes del núcleo [que] podrían perderse en los próximos años». En la medida en que el imperio norteamericano se inclina en esta dirección estratégica, el problema al que se ve abocado resulta ser el siguiente: dadas las estructuras económicas y políticas, y las fuerzas sociales de los Estados del mundo que no son parte

del núcleo hoy en día, muy pocos van a poder ser reconstruidos sobre la base del modelo del Japón y la Alemania de posguerra, ni siquiera si (en verdad, especialmente si) son ocupados por fuerzas militares norteamericanas, e incluso si la globalización tiende más a penetrarlos que a marginarlos. Es más, un imperialismo norteamericano que sea tan descaradamente imperialista corre el riesgo de perder la propia apariencia de no serlo —justo lo que históricamente lo hizo verosímil y atractivo.

Los desacuerdos que se han suscitado entre Francia, Alemania, e incluso Canadá, de un lado, y el Estado norteamericano, del otro, respecto a la guerra contra Iraq, no deben verse desde este ángulo. Esas tensiones tienen muy poco que ver con rivalidades económicas. En verdad, las burguesías de estos países —visiblemente preocupadas, y cada vez más quejas por no estar a la par de la norteamericana— son incluso menos proclives a desafiar la hegemonía de los Estados Unidos de lo que lo fueron en los 70. Las tensiones tienen que ver, más bien, con una inclinación de parte de esos mismos Estados (que en buena medida reflejan su relativa falta de capacidad militar autónoma) a preferir el uso de las instituciones financieras internacionales y la OMC para tratar de forjar los nuevos Estados efectivos que requiere el capitalismo global.

Sin embargo, sobre todo tiene que ver con la amenaza que se cierne sobre la legitimidad de esos Estados, porque se ubican en un marco imperialista norteamericano tan visible. El imperio norteamericano, tal como ya señaláramos, ciertamente ha sido hegemónico respecto a esos Estados y sus clases capitalistas, pero, por más que exista su penetración económica y cultural en sus sociedades, esto nunca ha supuesto una transferencia de la lealtad popular directa —llámesele sentido de «patriotismo»— hacia el propio Estado norteamericano. Ciertamente, la forma de gobierno de este último —basada en el principio constitucional de «imperio extensivo y autogobierno»— jamás lo requirió. En ese sentido, la impopularidad de su intervención militar —e incluso la falta de respaldo puesta de manifiesto por los Estados del núcleo— no es nueva. Varios de esos Estados también se distanciaron de las repetidas intervenciones de los Estados Unidos en América Latina y el Caribe desde 1945, y especialmente a partir de 1975, por no mencionar la subversión de gobiernos practicadas por ellos en otras partes del mundo, o la guerra de Viet Nam.

La guerra contra Iraq —tan flagrantemente imperial y tan abiertamente vinculada a una doctrina que expresa el objetivo más amplio de establecer un orden neoliberal capitalista a escala global—, ha suscitado una oposición sin precedentes, incluso dentro de los Estados del núcleo capitalista. Esto resulta especialmente

significativo: como el imperio norteamericano solo puede gobernar a través de otros Estados, el mayor peligro que enfrenta es que los de su órbita sean ilegítimados en virtud de su articulación al imperio. Con toda seguridad, solo un cambio fundamental en las clases y la estructura dentro de cada uno de esos Estados puede producir su desarticulación respecto al imperio; pero podría estarse abriendo ahora el espacio ideológico para un tipo de movilización desde abajo, que eventualmente pudiera conducir a esta desarticulación. El temor a que ello se produzca alimenta, de un lado, los ruegos de los que suplican al imperio que sea más benévolo y se presente, al menos simbólicamente, con un estilo más multilateralista y, de otro, las acciones de quienes usan los símbolos del terrorismo y la guerra para cerrarle el espacio al disenso público.

Traducción: David González.

Notas

1. El manifiesto Friedman apareció en *The New York Times Magazine*, el 28 de marzo del 1999, y el ensayo de Michael Ignatieff, el 5 de enero del 2003. Ignatieff agrega: «Significa sentar las reglas que los Estados Unidos desean (en todo, desde los mercados hasta las armas de destrucción masiva) al tiempo que se eximen a sí mismos de otras reglas (el protocolo de Kyoto sobre cambio climático y el Tribunal Internacional de Justicia) contrarias a sus intereses.»
2. Zbigniew Brzezinski, *The Grand Chessboard. American Primacy and its Geostrategic Imperatives*, Basic Books, Nueva York, 1997, p. 40.
3. Véase «Rebuilding America's Defenses: Strategy, Forces and Resources For a New Century», *The National Security Strategy of the United States of America*, Winterhouse, Falls Village, Connecticut 2002.
4. Prabhat Patnaik, «Whatever Happened to Imperialism?», *Monthly Review*, v. 42, n. 6, Nueva York, noviembre de 1990, pp. 1-6.
5. Giovanni Arrighi, *The Geometry of Imperialism*, NLB, Londres, 1978, p. 17.
6. Bob Rowthorne, «Imperialism in the Seventies: Unity or Rivalry», *New Left Review*, n. 69, Londres, 1971.
- 7 «En años recientes, ningún tema ha concitado más la atención de estudiosos de las relaciones internacionales que el referido al declinar de la hegemonía norteamericana. La erosión del poderío económico, político y militar norteamericano es incuestionable. Los recursos y capacidades sin precedentes que respaldaban la diplomacia norteamericana de la posguerra temprana, y que indujeron a Henry Luce a proclamar, en el decenio 1940-1949 un “siglo norteamericano” han cedido el terreno a una redistribución internacional igualmente extraordinaria y rápida de poder y riqueza. Bajo el manto de las teorías sobre la “estabilidad hegemónica”, los estudiosos han estado discutiendo el alcance de la declinación de la hegemonía y sus consecuencias». G. John Ikenberry, «Rethinking the Origins of American Hegemony», *Political Science Quarterly*,

v. 104, n. 3, Nueva York, 1989, p. 375. Para la principal crítica de este punto de vista, véase Susan Strange, «The Persistent Myth of Lost Hegemony» *International Organization*, v. 41, n. 4, MIT, Cambridge, otoño de 1987.

8. Andrew Glyn and Bob Sutcliffe, «Global But Leaderless», *Socialist Register 2002*, Merlin, Londres, 1992, p. 93.

9. Entre los muy pocos que insistieron, desde diferentes perspectivas, en la necesidad de conservar el concepto de imperialismo, véase Susan Strange, «Towards a Theory of Transnational Empire», en E. O. Czempiel y J. Rosenau, eds., *Global Changes and Theoretical Challenges*, Lexington, MA, 1989; y Peter Gowan, «Neo-Liberal Theory and Practice for Eastern Europe», *New Left Review*, n. 213, Londres, septiembre-octubre de 1995.

10. Michael Hardt y Antonio Negri, *Empire*, Harvard University Press, Cambridge, 2000, p. xiv. Véase nuestro ensayo-reseña, «Gems and Baubles in Empire», *Historical Materialism*, v. 10, n. 2, Leiden, Holanda, julio de 2002, pp. 17-43.

11. Karl Polanyi, *The Great Transformation*, Beacon Press, Boston, 1957, p. 18.

12. Philip McMichael, «Revisiting the Question of the Transnational State: A Comment on William Robinson's "Social theory and globalization"», *Theory and Society*, n. 30, Ann Arbor, MI, 2001, p. 202.

13. Perry Anderson, «Force and Consent», *New Left Review*, n. 17, Londres, septiembre-octubre de 2002, p. 24.

14. Citado en William A. Williams, *Empire as a Way of Life*, Oxford University Press, Nueva York, 1980, p. 61.

15. *Ibidem*, pp. 43-8.

16. Véase Gareth Stedman Jones, «The Specificity of US Imperialism», *New Left Review*, n. 60 (primera serie), Londres, marzo-abril de 1970, p. 65. Escrito en momentos de una breve reanimación del interés por la teoría del imperialismo, resulta notable que Stedman considerara que este ensayo se distancia de un debate sobre el imperialismo que «hasta ahora ha carecido de cualesquiera dimensiones histórica o sociológica serias [...] La izquierda ha tendido a tratar al imperialismo como el producto global indiferenciado de una cierta etapa del capitalismo».

17. William A. Williams, *ob. cit.*, p. 122.

18. Véase Leo Panitch, «Class and Dependency in Canadian Political Economy», *Studies in Political Economy*, n. 6, Ottawa, otoño de 1980, pp. 7-34; W. Clement, *Continental Corporate Power*, McLelland & Stewart, Toronto, 1977; Mira Wilkins, *The Emergence of Multinational Enterprise*, Harvard University Press, Cambridge, MA, 1970. Jefferson había justificado la guerra de 1812 (detonada por la preocupación norteamericana de que los británicos estuvieran alentando la resistencia de los indios a la expansión hacia el oeste) en estos términos: «Si los ingleses no nos dan la satisfacción que exigimos, nos apoderaremos de Canadá, que desea ingresar en la Unión; y cuando, junto con Canadá, tengamos a las Floridas, ya no tendremos dificultad alguna con nuestros vecinos; y es la única forma de evitarlas». El tránsito del impulso en dirección a la expansión continental mediante el imperio interno, al de la expansión mediante el imperio informal externo, mientras Canadá representaba el modelo de imperialismo norteamericano exitoso en el siglo xx, se produjo, casi exactamente 100 años después, cuando el presidente Taft afirmó que «mayores vínculos económicos» eran la vía para convertir a Canadá «solo en un accesorio de los Estados Unidos». Véase William A. Williams, *ob. cit.*, pp. 63-4, 132.

Leo Panitch y Sam Gindin

19. Gareth Stedman Jones, ob. cit., p. 63.

20. Citado por G. Achcar, *The Clash of Barbarisms*, Monthly Review Press, New York, 2002, p. 96.

21. Carta a Duncan Grant, citada por Nicholas Fraser, «More Than Economist», *Harper's Magazine*, noviembre de 2001, p. 80. El meollo de la cuestión aquí, por supuesto, era la negativa del Estado norteamericano a perdonar las deudas de guerra de los aliados, con todas las consecuencias que esto tenía para la imposición a Alemania de pagos muy onerosos por indemnizaciones. Véase Michael Hudson, *Super Imperialism: The Economic Strategy of American Empire*, Holt, Rinehart and Winston, Nueva York, 1971.

22. Brian Waddell, «Corporate Influence and World War II: Resolving the New Deal Political Stalemate», *Journal of Political History*, v. 11, n. 3, Singapur, 1999, p. 2. Agradecemos a Harry Magdoff por habernos llamado la atención sobre este muy importante artículo.

23. Robert Skidelsky, *John Maynard Keynes: Fighting for Freedom, 1937-1946*, Viking, Nueva York, 2001, pp. xxiii.

24. Martin Shaw, *Theory of the Global State*, Cambridge University Press, Cambridge, 2000.

25. Peter Gowan, «The American Campaign for Global Sovereignty», *Socialist Register 2003*, Merlin, Londres, 2002, p. 5.

26. Véase Raymond Aron, *The Imperial Republic: The United States and the World 1945-1973*, Winthrop, Cambridge, MA, 1974, pp. 168 y 217; Nicos Poulantzas, *Classes in Contemporary Capitalism*, NLB, Londres, 1974, pp. 39 y 57.

27. Véase Robert Cox, *Production, Power and World Order*, Columbia University Press, Nueva York, 1987, p. 254.

28. Citado por C. Jagan, *Forbidden Freedom*, 3ª ed., Harbis, Londres, 1994, p. I.

29. Citado por William A. Williams, ob. cit., p. 189.

30 Las especiales condiciones de la posguerra incluyeron: aplicación de tecnologías desarrolladas durante la guerra; alcanzar el nivel de la tecnología y de los métodos norteamericanos (la brecha ya había estado creciendo durante el decenio 1930-1939 y, obviamente, se aceleró durante la guerra); represión de la demanda; inversiones subsidiadas para la reconstrucción; y efecto de las nuevas facilidades en la productividad —todo lo cual brindó enorme envergadura a la acumulación después de la destrucción de tantos valores durante la Depresión y la Guerra. Véase Moses Abromowitz, «Catching Up, Forging Ahead, and Falling Behind», *Journal of Economic History*, v. 46, n. 2, Cambridge, MA, junio de 1986; y también «Rapid Growth Potential and Realization: The Experience of the Capitalist Economies in the Postwar Period», en Edmond Malinvaud, ed., *Economic Growth and Resources. The Major Issues*, Palgrave Macmillan, Londres, 1979. Fue también crucial el papel sin paralelo del Estado norteamericano al abrir su mercado, brindar asistencia financiera crítica, y contribuir a la estabilidad económica y política internacionales.

31. El colapso del patrón oro en el período entreguerras había demostrado que la movilidad del capital y las presiones democráticas de los de abajo, que limitaban cualquier proceso «automático» de ajuste, eran incompatibles con tasas de cambio estables.

32. Sobre la relación entre el colapso del patrón oro, la movilidad del capital y el desarrollo de presiones democráticas, véase Barry Eichengreen, *Globalizing Capital: A History of the International Monetary System*, Princeton University Press, Princeton, 1996, capítulos 2 y 3.

33. Sobre el estado de ánimo de entonces, dos vicepresidentes de Citibank, haciendo un recuento del pasado, observaron «no sorprende que los economistas estuvieran tan seguros, a fines del decenio 1960-1969 y principios del siguiente, de que la ruptura de las tasas de cambio fijas debilitarían más los vínculos económicos entre los países». Véase Harold van B. Cleveland y Ramachandra Bhagavatula, «The Continuing World Economic Crisis», *Foreign Affairs*, v. 59, n. 3, Nueva York, 1981, p. 600. Véase también la observación de Lou Pauly referida a que, en aquel momento, «el desorden monetario internacional parecía muy capaz de restaurar el mundo del decenio 1930-1939». Louis B. Pauly, *Who Elected the Bankers?*, Cornell University Press, Ithaca, 1997, p. 100.

34. Nicos Poulantzas, ob. cit., p. 81. Sobre la internacionalización del Estado, véase Robert Cox, *Production, Power and World Order*, Columbia University Press, Nueva York, 1987, pp. 253-67.

35. En un momento u otro, la política durante el decenio 1970-1979 incluyó sobretasas a la importación, intentos de cooperar internacionalmente en torno a las tasas de cambio, controles de salarios y precios, monetarismo y estímulos fiscales.

36. El concepto «una nueva forma de gobierno social» es de G. Albo y T. Fast, «Varieties of Neoliberalism», ponencia presentada en la Conferencia sobre la Convergencia de las Economías Capitalistas, Wake Forest, Carolina del Norte, 27 al 29 de septiembre de 2002.

37. Véanse Sam Gindin y Leo Panitch, «Rethinking Crisis», *Monthly Review*, Nueva York, noviembre de 2002.

38. Véase Robert Brenner, *The Boom and the Bubble: The US in the World Economy*, Verso, Londres, 2002.

39. Véase Leo Panitch, «The New Imperial State», *New Left Review*, Londres, n. 2, marzo-abril de 2000.

40. Véase especialmente Thomas P. M. Barnett, «The Pentagon's New Map: It Explains Why We're Going to War and Why We'll Keep Going to War», *Esquire*, marzo de 2003, www.nwc.navy.mil/newrules/ThePentagonsNewMap.htm.

© ~~TRIALS~~, 2003.